

Jacobo Grinberg-Zylberbaum

**LA LUZ
ANGELMATICA**



«Cuando en la meditación se elaboran todos los contenidos del pasado y de pronto se vislumbra la existencia en el presente y se es capaz de admitir la belleza de sentirse vivo y de disfrutar plenamente la capacidad de crear... cuando todo está bien y uno sabe que está bien porque así uno lo percibe, cuando se reconoce la existencia de una alegría sin condiciones ni aparente causa, entonces se coloca a la conciencia en la esfera de la Luz Angelmática».

«Quizá lo verdaderamente Luz y lo ciertamente Angelmático es lo que existe para todos pero que se activa solamente cuando se alcanza cierto nivel de sentimiento».

«Si el nivel de la vida es de santidad, la Luz Angelmática permea todas y cada una de las esferas (de la Realidad)».

«El encuentro con el verdadero Uno mismo es la Luz Angelmática».

ENTRE DOS ESPEJOS

*En entenderme me debato
dos caminos en retrato
uno de conciencia en elementos.*

*Otro sólo de pináculo
algoritmo puro
sin detalles siento.*

*El uno va en profundo
el otro en ascenso.*

*Uno en gruta
escarbada en tierra.*

*Uno le pertenece al cuerpo,
el otro al misterio.*

*Entre dos espejos ando
sin saber
que Yo
soy el del medio.*

INTRODUCCIÓN

«Safed, la legendaria aldea cabalística vio llegar al rabino Isaac Luria; un descendiente de una familia alemana y por ello bautizado con el apellido “Ashkenazi”, para convertirse en el líder indiscutible de su comunidad de místicos. Nacido en Jerusalén en el año 1534, Luria se estableció en Safed en 1570 y en seis años se convirtió en el maestro de los cabalistas de la aldea. Conocido como “Ari”; el “León” de Safed, Luria conquistó a Moisés Cordovero y a sus discípulos creando la escuela cabalística más renombrada de todos los tiempos: “La Cábala Luriana”».

Chayim Vital, un rabino residente en Damasco fue súbitamente invadido de visiones anunciándole la llegada de un gran maestro a Safed. Vital viajó a la aldea descubriendo que su intuición había sido correcta. El maestro era Isaac Ashkenazi. Desde que lo vio, Chayim se convirtió en su discípulo más fiel, su biógrafo y escribano^[1].

Safed fue hábitat de toda una comunidad cabalística dirigida por figuras grandiosas, tales como Salomón Alkabez, Yosef Caro, Chayim Vital, Moisés Cordovero y el propio Isaac Luria, todos ellos grandes rabinos, místicos y cabalistas.

El origen teórico de Safed fue, sin embargo, un juez de la corte rabínica de Zaragoza, España, llamado «Bahya ben Yosef Ibn Paquda» encargado de aplicar las leyes judías a las prácticas místicas durante la primera mitad del siglo decimoprimer^[2].

Influido por los Sufis, Bahya introdujo un espíritu esotérico a la ética judía tradicional. Escribió un libro acerca de la «Dirección de los deberes del **corazón**». En él, describe los pasos en el conocimiento de Dios por el hombre. La mente, de acuerdo con Bahya «... debe funcionar como un mecanismo de comprobación discriminada y directa de la experiencia religiosa y no como un ciego repetidor intelectual de la tradición...»^[3].

Perle Epstein^[4] en su recopilación erudita acerca del sistema de Bahya explica que este cabalista dividía en diez los niveles o compuertas del desarrollo espiritual del hombre:

«La primera compuerta o nivel, involucra el reconocimiento de la unidad de Dios en la pluralidad de la creación. Para lograrlo, Bahya recomendaba el estudio científico de la obra de Dios en la naturaleza. Desde los compuestos más elementales, sus combinaciones y dinámicas hasta el organismo humano y sus sinergias. El estudio intenso del mundo orgánico llevaría al hombre, de acuerdo con Bahya, a un conocimiento y entendimiento completo de los sistemas metafísicos, filosóficos, sociales, artísticos y morales que prevalecen en la Tierra. La comprensión real de su maravilloso cuerpo orgánico y de sus funciones, tales como la transformación del alimento en energía y vida, y de la respiración, ayudará al estudiante a entender el cuerpo etéreo con el cual está ligado su cuerpo orgánico a través de los nervios, la sangre y el aire. Bahya recomendaba extender este estudio a cualquier manifestación de la naturaleza, el crecimiento vegetal a partir de semillas, los colores cambiantes del día, las estaciones, las estrellas, el movimiento de los insectos, todo puede conducir a un estado de asombro por la creación.

La segunda compuerta implica la capacidad de mantener un contacto y una observación adecuada de las reglas y leyes religiosas. En otras palabras, una relación ética con Dios. Toda la creación vibra con la energía divina y el discípulo que ha penetrado a la segunda morada (para recordar

aquí a Teresa de Jesús) no se abandona a sí mismo, sino más bien evade tanto el ascetismo como la sensualidad y vive los preceptos religiosos y morales con entendimiento y comprensión.

Esto último, de acuerdo con Yosef Ibn Paquda permite que el discípulo pueda penetrar a través de la tercera compuerta al nivel siguiente o tercero de su desarrollo espiritual. La morada de la fe. Aquí, aprende a confiar únicamente en Dios y a confiar tan profundamente en el orden divino y universal que siente que nada le hace falta. La grandeza y asombro del universo le han probado la sabiduría divina; ahora, puede aceptar esa sabiduría reflejada en su propia vida.

Atravesando la siguiente compuerta, llega al nivel de aceptación. Aquí, se satisface con lo que posee; aun las dificultades y los sufrimientos le ayudan expandiendo su corazón para permitir la entrada de Dios en él. Sin embargo, no se vuelve fatalista en la vida. Dios provee, pero el discípulo debe trabajar, ganarse su pan y evitar violar su cuerpo y sus necesidades.

La quinta compuerta, hipocresía, le ofrece una oportunidad para probar su sinceridad. Más allá se encuentra el reino de la duda, el odio, la violencia y el nihilismo. Si logra mantener su fe, tan duramente ganada, entonces el discípulo logrará atravesar la sexta compuerta, la humildad.

Aquí, el místico se da cuenta de que ya no es tan crítico de las gentes y que puede soportar insultos sin sentirse envenenado por ellos. Él y sus logros ya no forman una unidad. La casa, la esposa, los hijos existen fuera de él y poseen vida propia.

En el séptimo nivel, el místico se encuentra con sus pecados previos y pasados. El arrepentimiento le permite confrontar sus acciones con honestidad y vaciar su corazón en la oración. Determinado a cambiar su conducta, confía y se da plenamente a Dios y ruega por ayuda para eliminar sus pecados.

Bahya, como todos los místicos judíos, creía que la actualización de los estados internos, la concretización de éstos, unifica el mundo físico con el espiritual. Éste es un concepto judío básico, no puede existir progreso espiritual sin una conducta física concomitante. Por ello, decía Bahya, si uno se arrepiente en el interior, debe mostrar esa condición en su vida externa. Posponer una acción o dejar para mañana la eliminación de un error son inaceptables en el judaísmo. El arrepentimiento a la hora de la muerte es visto como un acto de muy bajo nivel para el judío.

En la octava morada, el místico examina su alma. Aquí, el peregrino debe purificarse hasta el grado de «ver sin usar los ojos, oír sin oídos, hablar sin la lengua, deducir sin usar la razón...». La compuerta interna para llegar a este nivel se abre para aquéllos que pueden separarse del mundo para recluirse en meditación. Aunque esto parece oponerse a la prohibición judaica del ascetismo es, sin embargo, un nivel de la práctica mística que no pueden evadir los buscadores pertenecientes a ese pequeño grupo de seres cuyo deseo de ver a Dios excede su amor por Su creación. Santos y profetas abundan y es a éstos a los que Bahya quiere comunicar. Como los profetas bíblicos, algunos seres humanos serán impulsados a abandonar el mundo. Harán sus hogares en el desierto y en los bosques, vivirán como ermitaños y desearán sólo ver a Dios. Los hombres más tradicionales buscarán permanecer en el mundo, participando de sus actividades pero abandonarán todo lujo en sus vidas.

La abstinencia es la novena compuerta. Ésta será más o menos necesaria según las condiciones y la naturaleza de la comunidad en la cual viva el hombre. Si se encuentra rodeado por hedonistas, un modo de vida ascético será esencial para hacer sobrevivir su conciencia. El sistema delineado en «Los deberes del corazón» está designado para distanciar al hombre de su ego y para prepararlo para su encuentro eventual con Dios. El éxito en el logro de la desaparición del ego depende del grado de autodisciplina del

místico. Si el mundo a su alrededor es corrupto, quizás sea mejor para él establecerse en una comunidad en la que viva con gente afín.

Sin embargo, si ha logrado penetrar al décimo nivel, santidad, puede permanecer a la mitad del mundo corrupto y ser un faro de luz para otros buscadores.

Si el místico se adhiere a las lecciones de todos los niveles, y las hace parte de sí mismo, abandona el mundo del asombro y comienza a vivir en el reino más profundo y personal del amor. Aquí, su alma está tan sedienta de su propio origen que el peregrino es capaz de los mayores sacrificios, incluyendo su propia vida. Como el santo que dormido a la mitad del desierto y despertado por un viajero que le pregunta si no teme a los leones y a las bestias salvajes que fácilmente podrían destrozarlo contesta: «debiera sentirme avergonzado de mi Dios si yo temiera a cualquier ser fuera de Él...»^[5].

Safed fue creada cinco centurias después de la muerte de Bahya ben Yosef Ibn Paquda en la parte norte de Galilea con el fin de cumplir sus enseñanzas.

En la misma Zaragoza que viera nacer a Bahya, Abraham ben Samuel Abulafia vio la luz en 1240. Espstein^[6] nos dice que su padre murió cuando el joven Abulafia cumplió los 18 años. La familia se mudó a Toledo y dos años más tarde, Abulafia viajó a Tierra Santa en busca de los remanentes de las 10 tribus perdidas de Israel, quienes, según rumores, vivían cerca del río mítico llamado Sambatyon. Nunca pasó de Aco y de allí viajó a Grecia, se casó ya los 10 años impulsado por la necesidad de encontrar un maestro viajó a Italia en donde leyó la «Guía para los descarriados» de Maimonides y estudió con Hillel ben Samuel de Verona.

A los 31 años vivía en Barcelona cuando recibió el llamado profético. Encontró un comentario al Sefer Yetzirah escrito por Baruch Togarmi y se hizo discípulo de éste.

En 1273 es considerado un gran maestro cabalista e inventa un sistema de meditación basado en la transmutación del alfabeto hebreo, llamado «Tseruf». El rabinato lo considera un farsante, lo ataca y persigue. Visionario e idealista, después de una revelación en el año de 1280, Abraham Abulafia se dirige a Roma para condenar al Papa Nicolás III por su antisemitismo.

En unión de los sacerdotes cristianos, los rabinos romanos lo acusan ante el Papa y éste (instantáneamente) declara a Abulafia condenado a morir quemado en la hoguera. Antes de que pudiera entrar a Roma, Abulafia fue atrapado. Mientras se preparaba la hoguera para la mañana siguiente, Abulafia permaneció meditando toda la noche a unos pocos kilómetros de Roma. Era la noche de Rosh Hashannah, el nuevo año judío.

A la mañana siguiente y al entrar a Roma, Abulafia fue informado que el Papa había muerto durante la noche.

Convencidos de que había sido un milagro realizado por él, Abulafia fue encarcelado en una prisión franciscana, pero liberado 28 días después.

Abulafia creó toda una escuela cabalística basada en prácticas de meditación muy complejas^[7].

De todos los místicos judíos, Abulafia es el más parecido a los maestros Zen. Contrario a cualquier estructura limitante, Abulafia deja discípulos geniales como el rabino Isaac de Aco e indirectamente Moisés Cordovero.

Safed, por lo tanto, también incorporó a Abraham Abulafia junto con toda la cadena cabalística que lo sobrevivió.

En la actualidad, una nueva Safed está siendo establecida en México, la Safed original ya no es una comunidad cabalística. Viven en la aldea artistas renombrados, quienes crean arte y viven de sus creaciones. Lo que sin embargo sobrevive de la vieja Safed es un sentimiento: LA LUZ ANGELMÁTICA.

LA LUZ ANGELMÁTICA

En la madrugada, el sonido de unas trompetas metálicas acompañando una marcha militar se repetía como la rueda de un molino, traspasándome una y otra vez sin conciencia ni control, oliendo a azufre, aluminio y plata. Dentro del sueño me desesperé y de pronto, encima de mi sentimiento se oyó un zumbido que poco a poco se convirtió en alarma metálicamente ondulante, repiqueteando golpes de campana diminuta, despidiendo punzadas de mazo ahulado, zumbando... zumbando. La membrana entre dos mundos se entreabrió y la campana se convirtió en vuelo y el vuelo en mosca.

La marcha se había repetido como si alguien, al hacerla tocar, hubiese querido obtener mi locura. La mosca me había salvado y sin embargo, la maldije. Ya sabía que me querían «ocupar» pero todavía amaba la casa y la tierra del bosque y por ello no había huido de allí. Oí un pájaro y luego unas voces, una luz límpida bañaba la habitación reflejándose en las paredes encaladas y en la colcha india que cubría la cama. Alguien o algo no me había dejado dormir y cuando por fin lo había logrado, una mosca me había interrumpido.

El procedimiento era claro, consistía en fatigarme de día, asustarme de noche, provocarme insomnio, perseguirme en la meditación, matarme de cansancio y entonces «ocuparme» cuando ya no tuviera ni fuerzas ni coraje ni esperanza. Esta última la había mantenido recordando tiempos mejores. No sabía que habían sido mejores, sino hasta

cuando «aquello» empezó a funcionar. Súbitamente, a la mitad de cualquier cosa, sin aviso, me perdía a mí mismo, dejaba de ser y solamente una diminuta «lucecita» permanecía. Yo sabía que en el instante en el que esa «luz» dejara de existir, «aquello» acabaría ocupándome. En realidad no lo sabía, lo sentía.

Había decidido cambiar la atmósfera del lugar, inclusive había comenzado a escribir un libro titulado «Las Esferas del Safed» para llevar a las alturas mi alianza con la tierra, pero últimamente lo había abandonado por la lucha. «Aquello» me perseguía y no era posible mistificar un terror en un libro.

Aquí reproduzco el escrito.

«LAS ESFERAS DE SAFED»

LA ESFERA DE LOS CUERPOS

Entre la vegetación húmeda del bosque, al lado de gigantes encinos, majestuosos robles y un único pino cerca de un puente de madera que divide Safed de un río que reptá en una barranca, se dijo que el cuerpo es un interfa-ce.

El cuerpo permite visualizar efectos.

El cuerpo es el último eslabón en una cadena que comienza en lo invisible y termina en el universo de la masa y la inercia.

El cuerpo es un modelo y una señal. Avisa a su portador acerca de eventos en lo invisible a través de alteraciones en su estructura y funciones.

El cuerpo no es ilusión. Más bien es parte del único Dios. Su conexión con el resto de las esferas es la mente. Esta última es una interacción de campos.

El cuerpo sirve para aprender las leyes de todos los niveles y esferas porque en él estas leyes son aparentes y visibles e incluso manipulables.

El cuerpo es un modelo de la totalidad.

Sin embargo, el cuerpo debe ser trascendido. Saber que detrás de cualquier manifestación en la esfera de los cuerpos está la acción y el efecto del resto de las esferas es el primer paso en el camino de la sabiduría.

Trascender el cuerpo es acceder a la sabiduría de las leyes de correlación entre esferas.

Nada es aislado y separado. En todo se transpira lo esencial, las reglas de todos los mundos, las funciones de las esferas, las lecciones de los antecedentes. Ver no el dato, sino lo que significa en términos de su conexión con la sabiduría de las interrelaciones entre esferas; ¡he allí el paso para comprender la única mente!

En las noches de verano el bosque de Safed se llena de minúsculas estrellas voladoras, luciérnagas luminosas que se mezclan con el olor primigenio de las nueces que el viento desprende de los árboles. Las ardillas observan fascinadas el espectáculo y de vez en vez un vientecillo fresco atraviesa el bosque. Árboles frutales en crecimiento prometen darse en duraznos, cerezas y aguacales contenedores del clima y la historia de la región.

Safed también es cuerpo...

Algunas tardes, los músicos se reúnen junto al bosque de Safed y tocan sus instrumentos. La cítara refleja los movimientos de las hojas de los árboles y éstos parecen moverse siguiendo el desarrollo de una Raga.

El tambor manifiesta el pulso de la tierra y la flauta los saltos de las ardillas y su creación de caminos entre ramas y troncos.

En las mañanas el violín despierta viejas emociones, acompañando al Sol en su viaje diario.

La boca de una chimenea deja entrever las explosiones infinitas de un fuego ancestral y un calorcillo perfumado se esparce en las casas de Safed. Puesto que en la meditación vespertina se llegó al silencio desde el cual toda manifestación asombra, el fuego sume a los habitantes de Safed en un mar de imágenes fantásticas que recuerdan la poca utilidad de los juicios y sus múltiples peligros.

Desde aquí se comprende al hombre como con una capacidad infinita y se desea que la metrópoli cercana no termine con el encanto y la posibilidad de una vida tranquila.

Una casa pintada de blanco reposa en la montaña en la que Safed se encuentra.

Un valle florece en lucecillas que en el frío nocturno se mezclan con las estrellas recordando a los habitantes de Safed la esencial unidad de Dios con sus creaciones.

Sated respira. En la tarde incorpora el viento que le llega de un valle lejano a sus pies, caldeado por un sol tropical y en la noche devuelve ese mismo viento cargado con olor a bosque, refrescado por la alta montaña.

Las noches de luna llena asombran por su frialdad seca. Se esperaba que tanta luz calentara y sin embargo, sólo ilumina. Recuerda la irrealidad a medias de los reflejos.

A veces, los habitantes del bosque se sienten viajeros en el interior de una gran mente. Se asombran de pertenecer a ella y al mismo tiempo ser sus dueños. Somos uno, dicen a media voz esperando que el bosque no se ofenda.

El bosque de Sated se enfurece cuando lo violan, cuando no respetan su sabiduría inmóvil. En una ocasión se le oyó vociferar en contra de un compañero quien en un descuido cerró los ojos durante la meditación vespertina.

Al bosque no le gustan las ilusiones y aborrece los engaños de las mentes soñadoras. Se rebela en contra de quien busca salidas, refugios o alternativas impropias de la objetiva realidad. Es consciente, sin embargo, de las necesarias transformaciones que la realidad sufre para hacerse visible. Por eso mismo se enoja con quienes no saben apreciar el prodigio de lo que es y se pierden en transformaciones y alternativas necesariamente temporales y finitas.

¡Tanto desperdicio para nada!, parecen decir el roble y los encinos orgullosos de su altura y verticalidad.

Las ardillas, mientras tanto, siguen trazando caminos en el cielo, preocupadas por la resistencia de las ramas y el sabor de las nueces.

En el invierno la tierra decide retornar a su nivel primigenio de virginal blancura, aun cuando lo tenga que pagar con un dejo de frialdad penetrante. Es frialdad de purificación, anuncian los álamos mientras el único pino de Safed se regocija al reconocer distinto a cada copo de nieve y sin

embargo, unido en su idéntica sustancia con todos los demás.

Ese único pino es un ermitaño que se pasa la vida en contemplación permanente, observando el cambio del tiempo y la recurrencia de los ciclos.

A veces, algún habitante de Safed se acerca a ese pino y abraza su tronco masculinamente erecto. En esos abrazos desciende una luz que parece hablar, abriendo territorios para la conciencia humana. Cuando eso sucede, Safed se unifica en un asombro expectante y todos sus habitantes reciben los mensajes, algunos en sueños, otros en vigilia y la mayoría fuera de sus cuerpos.

«... existe un sentido que se vive cuando se adquieren organización y energía. Desde allí se percibe que todo cumple la ley de incrementar su capacidad de "ver". Todo aumento de organización y orden requiere de alimento e impecabilidad...».

En las tardes, a la hora de la puesta del sol, las nubes de Safed se tiñen de tonos violeta, rosas, rojos y anaranjados. Esas nubes parecen recordar sus orígenes en el mar lejano, superficie homogéneamente repleta de reflejos, ser majestuosamente líquido que representa en su inmovilidad la sabiduría profunda del encuentro con el Uno mismo, esencia que no se pierde ni aun cuando se evapora en blancas y esponjosas viajeras.

El mar requiere de la dimensión del sol para transformar su holgura uniforme en manifestaciones individualizadas que abandonan su superficie y viajan en un cielo benevolente.

Las nubes emergen del líquido al recibir energía y hablan de lo que acontece con la conciencia también sometida a idénticas leyes. Los habitantes de Safed reconocen en la coloración de las nubes, designios de su propia conciencia, porque además de recordar la similitud de leyes, saben que nada acontece por azar.